

LECTURAS

MORFOLOGIAWAINHAUS

1, 2 | DG | FADU | UBA

SUEÑOS DORADOS, SUEÑOS DE HORROR

PETER VON BECKER

SUEÑOS DORADOS, SUEÑOS DE HORROR

PETER VON BECKER

El Sr. M., quien en las dos primeras décadas del nuevo siglo había ganado un montón de dinero con acciones de biotecnología, parecía tenerlo todo para ser feliz durante una larga vida, cuando Hans (como denominaba a su *best boy*) le mató en la terraza de su piso de Berlín-Dahlem, en la tarde del 16 de julio de 2027. Cuando se concluyó la investigación virológica, Hans fue entregado al liquidador de software por el Tribunal Regional de Charlottenburg. La Sra. M., quien, después de ese incidente sometió a la *best girl* de su casa a una inspección especial en el Centro Regional de Robots Personales, cobró algunos meses después el seguro de vida de su marido, muerto a la temprana edad de 52 años, que se había previsto desembolsar en el año 2099.

¿Un caso habitual en el futuro? Con el desciframiento completo del genoma humano, que ha sido celebrado como piedra miliar en la historia de nuestra especie, parece haber comenzado una nueva era. Aun resuena la palabra “posmodernidad”, el último grito de las ciencias de la cultura, de la crítica de la civilización.

Ahora, este concepto puede seguir utilizándose para estilos eclécticos de la arquitectura o de las bellas artes, pero como término que designa una época, la posmodernidad ya ha pasado a la Historia.

La modernidad, nacida del espíritu del Renacimiento y que se volvió adulta en la era industrial, fue un proyecto de la Ilustración, del progreso científico-técnico y de la innovación artística. Por decirlo de modo simplificado: al invento de la fotografía, la pintura respondió con la abstracción, y la literatura narrativa reaccionó al psicoanálisis con nuevas formas de prosa de la conciencia y del monólogo interior. Sin embargo, en algún momento esas interacciones y maniobras de adelantamiento

se agotaron. Al mismo tiempo, se iban ampliando las distancias entre las ciencias humanas tradicionales y el mundo de la tecnología y de las ciencias naturales, en particular de la física moderna desde Einstein y Heisenberg. De este modo, la filosofía —que en sus orígenes griegos de observación de la naturaleza había proporcionado el marco para el pensamiento, antes que ser una teoría de ideas— perdió parte de sus bases. Desde entonces, lo que tenía energía o carga explosiva eran más bien las teorías socio-económicas, entre las cuales la más famosa es la de Karl Marx. Y en ese terreno se desarrolló también el pensamiento utópico.

Utopías que, aunque el estado del Rey Sol y los castillos en el aire, definen las metas, visiones e ideales sociales más lejanos en cada caso. Siempre y cuando no se anquilosen ideológicamente, las utopías forman un fermento de pensamiento de casi cada una de las etapas del desarrollo. Después de Hitler y Stalin, después de Mao o Pol Pot, a finales del siglo XX, todas las visiones sociales violentas, que injieren con violencia en la realidad, están desacreditadas. También la modernidad se ha visto sometida a una crítica de la razón, que ha decretado el fracaso del proyecto moderno por las instrumentalizaciones totalitarias que culminan en el desvarío de Auschwitz. Lo que quedó del utopismo de izquierdas fue planchado sobre el suelo del socialismo “real”. Por otro lado, las utopías políticas y económicas, como toda fe en el progreso, vivían del convencimiento de que el hombre dominará cada vez mejor las fuerzas de la naturaleza y que de ahí obtendrá energías prácticamente inagotables. ¡Qué entusiasmo sobre la primera energía atómica, sobre los cohetes que se lanzaron al espacio, sobre el petróleo brotando de la tierra, entonces tan barato, sobre cada vez más materiales plásticos, sobre autopistas cada vez más rápidas y sobre las bendiciones de la industria farmacéutica (la píldora)!

No sólo el neomarxismo, sino también la confianza en el progreso técnico constituyeron la base para que en los años sesenta se rompieran cadenas: antes de la muerte del bosque, antes del agujero de ozono y Chernobyl, antes del sida y del accidente del Challenger. Cuando la civilización occidental, la que marcaba las pautas, se dio cuenta del coste ecológico del crecimiento general, el mundo feliz formaba ya parte del pasado.

Durante algún tiempo no hubo ya ningún sueño del pasado mañana. Aunque el *El final de la Historia* de Francis Fukuyama, al igual que la “posthistoria” que había comenzado en las cabezas de los pensadores franceses, se vieron refutados tan rápidamente por las realidades posteriores a 1989/90 todos hablaban del “final de las utopías”, desde el crítico de la cultura hasta el investigador del clima. El futuro no tenía ya aura, todos los esfuerzos estaban destinados a la felicidad del presente; esto es lo que tienen en común, por ejemplo, el joven precoz y la persona mayor activa en la sociedad de la diversión. Hasta hoy. Pero, ¿por cuánto tiempo?

Repentinamente vuelve el espíritu de la utopía y, como todos los espíritus que vuelven, resulta sospechoso. Es algo que produce nerviosismo. Después de descifrar el genoma humano se han dicho grandes palabras, se ha hablado del “capítulo final en el libro de la vida”, donde primero —de forma no menos enfática, pero sí históricamente más precisa— habría que reflexionar sobre el comienzo de una segunda modernidad. Después del descubrimiento y del aprovechamiento de las fuerzas nucleares —una revolución física—, con la ingeniería genética y los desarrollos acompañantes, nanotecnología y robótica, ha comenzado la revolución bioquímica y biofísica. Su primer (o último) fin podría ser la transformación y re-creación de nuestra especie, es decir el “nuevo hombre”. Su posible acompañante, según las visiones de, por ejemplo, Ray Kurzweil, especialista estadounidense en computadoras, sería una máquina similar al hombre, con inteligencia artificial... Sería la idea más temible y más fascinante: un ser híbrido, formado por materia orgánica e inorgánica, el androide.

Todas las utopías modernas se basaban (hasta ahora, en vano) en el hombre nuevo. Mediante intervenciones genéticas podrían llegar a ser realidad,

en un futuro no muy lejano y en el mejor de los casos, congéneres médicamente mejorados. Los críticos estadounidenses de la biotecnología, sobre todo Jeremy Rifkin y últimamente también Bill Joy, hacen hincapié en que la reflexión interdisciplinar de las nuevas biociencias no puede llevarse a cabo, menos que nunca, en los propios laboratorios. Como se trata en definitiva del conocimiento del hombre, el futuro pertenece, de nuevo, a las ciencias humanas, en las que cooperan las ciencias naturales, de la cultura y del espíritu.

Por fin ha llegado la hora de la “*Third Culture*”, esa “tercera cultura” que describió por primera vez, hace cuarenta años, el escritor inglés C.P. Snow y en la que debería superarse la división entre las tradicionales ciencias de la cultura y las *sciences* modernas: en una interrelación dialógica, dialéctica.

El descubrimiento de la energía atómica abrió ya la posibilidad de la autoaniquilación global. Sin embargo, la revolución bioquímica y biofísica de la evolución, además de la posible autodestrucción, ofrecerá por primera vez también una opción de autocreación dirigida. En esencia se trata del sueño más antiguo del hombre, el de una vida mejor y más larga. Si se consiguiera detener el proceso de envejecimiento de nuestras células eso sería la primera victoria sobre la propia mortalidad. No significaría el nacimiento de un inmortal inmune contra el asesinato y el homicidio, contra el hambre y la sed, pero el espacio que se pasa en la Tierra duraría más, y también se haría más largo el aburrimiento. ¿Por qué, entonces, ese nuevo pequeño ser como Dios?

Según Montaigne, filosofar significa aprender a morir. La religión se basa en esto y en la esperanza de una vida eterna. Pero ahora, en contraposición a una utopía que se concreta, el nuevo y viejo problema sería aprender a vivir.

Los retos a todos los conocimientos del hombre y de la vida son enormes. Comienzan (y terminan) en las cuestiones éticas, que, como consecuencia de los conocimientos de las ciencias naturales y de su aplicación práctica, toca un número aún impredecible de ámbitos políticos, sociales y económicos de la convivencia. Se trata superficialmente de cuestiones jurídicas que, a su vez, han de solucionarse

antes desde el punto de vista filosófico, moral y político. Afecta a la disponibilidad del conocimiento humano, a las patentes sobre los inventos de ingeniería genética y, de ese modo, a inmensos intereses económicos.

El saber no sólo significa un poder inesperado, y Jeremy Rifkin, presidente de la Foundation of Economic Trends de Washington, ve aquí, si no se consiguen soluciones que puedan armonizarse y controlarse mundialmente, la fuente de guerras futuras. Un segundo problema sería la existencia de diferentes clases sociales o incluso biológicas: hombres genéticamente tratados y otros “naturales”. Ciertos experimentos con embriones e injerencias en la herencia están prohibidos hasta ahora, total o parcialmente; por lo demás, este tema se discute únicamente desde el punto de vista del derecho de seguros o del trabajo.

Más esencial, sin embargo, es la cuestión que subyace a todo esto: ¿qué concepto tendremos en el futuro del individuo humano, del sujeto, de su identidad y de su responsabilidad personal? Antes

del debate sobre la clonación, hace ya dos años, Jürgen Habermas dijo que a una persona duplicada o genéticamente sobreprogramada se le habría negado parte de la autodeterminación. O dicho con otras palabras: ¿dónde terminaría la responsabilidad penal y civil de un producto vivo de laboratorio, en caso de un comportamiento social divergente? No hay que pensar en un nuevo Frankenstein o Dr. Mabuse, ni tampoco estar de acuerdo con los escenarios de Bill Joy: hordas de robots reproduciéndose incontroladamente, para reflexionar sobre las innumerables cuestiones y las consecuencias aún incalculables del actuar fáustico. Un campo también para la literatura y el arte y no sólo para el cine. Ray Bradbury, el autor de *Fahrenheit 451* lo barruntó ya el siglo pasado: la ficción ya existe. Ahora tendríamos que inventar la realidad.

[Este artículo fue publicado por el periodista y escritor Peter von Becker (1947-), en el diario berlinés *Der Tagesspiegel*. De la revista *Humboldt*, 131.]

[REVISIÓN: H.W., 2001]